

Muerto hasta el anochecer

Charlaine Harris



Traducción de Aitor Solar Azcona



PANDORA

Con mi agradecimiento y aprecio a la
gente que pensó que este libro era una buena idea:

Dean James, Toni L. P. Kelner y Gary y Susan Nowlin



Cuando el vampiro entró en el bar, yo llevaba años esperándolo.

Desde que los vampiros habían empezado a salir del ataúd (como se suele decir medio en broma) cuatro años atrás, había estado deseando que uno viniera a Bon Temps. Si en nuestro pequeño pueblo ya teníamos a todas las demás minorías, ¿por qué no la más nueva, los muertos vivientes reconocidos por la ley? Pero, al parecer, el norte rural de Luisiana no resultaba demasiado atrayente para los vampiros. Por el contrario, Nueva Orleans era un auténtico punto focal para ellos: todo por Anne Rice, ¿verdad?

No hay tanta distancia en coche desde Bon Temps a Nueva Orleans, y todos los que venían al bar decían que, en aquella ciudad, si tirabas una pedrada a una esquina le darías a un vampiro. Solo que era mejor no hacerlo.

Pero yo estaba esperando mi propio vampiro.

Se puede decir, sin miedo a equivocarse, que no salgo mucho. Y no es porque no sea guapa. Lo soy: rubia, de ojos azules y veinticinco años, y mis piernas son firmes, mis pechos apreciables y tengo una cintura de avispa. Tengo muy buen aspecto con el uniforme de camarera de verano que nos dio Sam: pantaloncitos negros, camiseta y calcetines blancos y unas Nike negras.

Pero tengo una discapacidad. O al menos yo trato de considerarla así. Los clientes del bar simplemente dicen que estoy loca.

En cualquier caso, el resultado es que casi nunca tengo una cita. Así que cualquier detalle es muy importante para mí. Y él se sentó en una de mis mesas: el vampiro.

Supe de inmediato lo que era. Me sorprendió que nadie más se girara para contemplarlo. ¡No se daban cuenta! Pero vi que su piel resplandecía levemente y estuve segura.

Podría haber bailado de alegría, y de hecho me marqué unos pasos junto a la barra. Sam Merlotte, mi jefe, alzó la mirada del cóctel que estaba

mezclando y me dedicó una leve sonrisa. Cogí una bandeja y el bloc y me dirigí a la mesa del vampiro. Confié en que mi pintalabios se mantuviera todavía en su sitio y la coleta estuviera bien puesta. Soy bastante nerviosa, y noté que una sonrisa me tiraba hacia arriba de las comisuras de los labios.

Él parecía perdido en sus pensamientos, así que pude echarle un buen vistazo antes de que alzara la mirada. Calculé que rondaba el metro ochenta. Tenía el pelo castaño y largo, peinado recto hacia atrás; le llegaba hasta el cuello y sus largas patillas parecían de alguna manera anticuadas. Era pálido, por supuesto; de hecho estaba muerto, si uno hace caso a las viejas leyendas. La teoría políticamente correcta, la que los propios vampiros respaldan en público, afirma que aquel chico fue víctima de un virus que lo dejó en apariencia muerto durante un par de días y, a partir de ese momento, alérgico a la luz del sol, a la plata y al ajo. Los detalles dependían del periódico que escogieras: en aquellos días, estaban llenos de artículos sobre vampiros.

El caso es que tenía unos labios adorables, esculpidos con delicadeza, y cejas oscuras y arqueadas. Su nariz surgía de forma súbita justo entre los arcos, como la de un príncipe de un mosaico bizantino. Cuando al fin alzó la vista, descubrí que sus iris eran incluso más oscuros que su pelo, y la córnea de los ojos extraordinariamente blanca.

—¿En qué puedo servirle? —le pregunté, tan feliz que casi me era imposible articular palabra. Él alzó las cejas.

—¿Tenéis sangre sintética embotellada? —preguntó.

—¡No, lo siento! Sam encargó algunas botellas, deberían llegar la semana que viene.

—Entonces vino tinto, por favor —dijo con una voz fina y clara, como un riachuelo sobre piedras alisadas. Me reí en voz alta, pues era demasiado perfecta.

—No se enfade con Sookie, señor, está loca —intervino una voz familiar desde el reservado que había junto a la pared. Toda mi alegría se desinfló, aunque pude notar que la sonrisa aún tensaba mis labios. El vampiro me miraba fijamente, contemplando la vida que desaparecía de mi cara.

—Le traeré su vino de inmediato —dije, y me alejé con grandes zancadas, sin mirar siquiera el rostro engreído de Mack Rattray. Iba al bar casi cada noche; él y su esposa Denise. Yo los llamaba la Pareja Rata. Habían hecho todo lo posible por hacerme la vida miserable desde que se trasladaron a la caravana de alquiler en Four Tracks Corner. Por aquel entonces abrigaba la esperanza de que se largaran de Bon Temps tan de improviso como habían venido.

La primera vez que entraron en Merlotte's, escuché sus pensamientos sin ninguna discreción. Lo sé, es algo muy ordinario por mi parte, pero estaba aburrida de todos los demás, y aunque me paso la mayor parte del tiempo bloqueando los pensamientos de la gente que tratan de colarse en mi cerebro, a veces me rindo. Así que conocía algunas cosas de los Rattray que tal vez nadie más supiera. Para empezar, sabía que habían estado en la cárcel, aunque no por qué. Además, había leído los sucios pensamientos sobre una servidora a los que se entregaba Mack Rattray. Y después escuché en la mente de Denise que había abandonado a un bebé que tuvo dos años antes, un niño que no era de Mack.

Y encima no dejaban propina.

Sam llenó un vaso con el tinto de la casa y lo puso encima de la bandeja mientras observaba de reojo la mesa del vampiro. Cuando me devolvió la mirada, tuve claro que él también sabía que nuestro nuevo cliente era un no muerto. Los ojos de Sam también son azules, pero de un azul a lo Paul Newman, mientras que los míos son de un azul grisáceo, neblinoso. Sam también es rubio, pero con el pelo áspero, y de hecho no es del todo rubio, sino de una especie de dorado al rojo vivo. Siempre está algo quemado por el sol y, aunque parece enjuto con esas ropas, lo he visto descargar camiones con el pecho descubierto y tiene fuerza de sobra en el torso. Nunca escucho sus pensamientos; es mi jefe, y en el pasado ya he tenido que dejar más de un trabajo por descubrir cosas de mis jefes que hubiera preferido no saber.

Pero Sam no hizo ningún comentario, se limitó a entregarme el vino. Miré el vaso para asegurarme de que estuviera bien limpio y regresé a la mesa del vampiro.

—Su vino, señor —dije ceremoniosamente, antes de colocarlo con cuidado sobre la mesa, justo delante de él. Me volvió a mirar y yo contemplé todo lo que pude sus adorables ojos—. Que le aproveche —añadí con satisfacción. Detrás, Mack Rattray gritó:

—¡Eh, Sookie, aquí necesitamos otra jarra de cerveza!

Suspiré y me volví para coger la jarra vacía de la mesa de los Ratas. Me fijé en que Denise estaba en buena forma esa noche: vestía un top sin mangas y unos pantalones muy cortos, y su mata de pelo castaño formaba una maraña a la moda. Denise no era realmente guapa, pero sí tan ostentosa y segura de sí misma que uno tardaba un tiempo en darse cuenta de lo escaso de su belleza.

Un ratito después, observé para mi decepción que los Rattray se habían trasladado a la mesa del vampiro y estaban charlando con él. Pude

comprobar que él no respondía demasiado a menudo, pero tampoco se marchaba.

—¡Mira eso! —comenté disgustada a Arlene, mi compañera, camarera como yo. Arlene es pelirroja, pecosa y diez años mayor que yo. Ha estado casada cuatro veces, tiene dos hijos y, de vez en cuando, creo que me considera la tercera.

—Un nuevo chico, ¿eh? —respondió, con poco interés. Arlene sale ahora con Rene Lenier, y aunque no soy capaz de detectar atracción entre ellos, parece bastante satisfecha. Creo que Rene fue su segundo marido.

—Bueno, es un vampiro —añadí, solo para compartir mi interés con alguien.

—¿En serio? ¿Aquí? Vaya, fíjate —dijo, sonriendo un poco para demostrar que comprendía mi alegría—. Aunque no puede ser demasiado listo, dulzura, si está con los Ratas. Por otro lado, lo cierto es que Denise está dedicándole todo un espectáculo.

Me di cuenta de ello después de que Arlene me lo señalara. Ella es mucho mejor que yo valorando las situaciones sexuales, gracias a su experiencia y a mi falta de la misma.

El vampiro estaba hambriento. He oído muchas veces que la sangre sintética que desarrollaron los japoneses bastaba para la nutrición de los vampiros, pero que no llegaba a satisfacer verdaderamente su hambre, por lo que de vez en cuando ocurrían «desafortunados incidentes» (ese era el eufemismo vampírico para el asesinato de un ser humano por su sangre). Y allí estaba Denise Rattray, acariciándose la garganta, girando el cuello de lado a lado... Qué zorra.

Mi hermano, Jason, entró justo entonces en el bar y se acercó para darme un abrazo. Sabe que a las mujeres les gustan los hombres cariñosos con su familia y amables con los discapacitados, así que abrazarme es para él como una carta de recomendación. No es que Jason necesite muchos más alicientes de los que ya tiene de por sí. Es atractivo, y aunque también puede portarse mal, la mayoría de las chicas parecen dispuestas a pasar eso por alto.

—Hola, hermanita, ¿cómo está la abuela?

—Está bien, más o menos como siempre. Pásate a verla.

—Lo haré. ¿Quién está a tiro esta noche?

—Míralo tú mismo. —Observé que cuando Jason comenzó a pasear la mirada, hubo un aleteo de manos femeninas que iban al pelo, a la blusa o a los labios.

—Eh, veo a DeeAnne. ¿Está libre?

—Está aquí con un camionero de Hammond, que ha ido ahora al servicio. Ten cuidado.

Jason me sonrió, y me sorprendí una vez más de que las demás mujeres no vieran el egoísmo que había en esa sonrisa. Incluso Arlene se remangó la blusa al entrar Jason, y ella, después de cuatro matrimonios, ya debería haber aprendido a evaluar a los hombres. La otra camarera que trabajaba allí, Dawn, hizo ondear su pelo y se enderezó para que se le marcaran las tetas. Jason le dedicó un gesto afable y ella simuló bufar. Había discutido con él, pero aun así quería que se fijara en ella.

Estuve muy ocupada (todo el mundo viene a Merlotte's el sábado, en un momento u otro de la tarde noche), así que durante un tiempo le perdí el rastro a mi vampiro. Cuando tuve un momento para echarle un vistazo, vi que estaba hablando con Denise. Mack lo miraba con una expresión tan ávida que me preocupó.

Me acerqué más a su mesa, sin perder de vista a Mack. Al fin dejé que cayeran mis defensas y escuché: Mack y Denise habían estado en la cárcel por desangrar a un vampiro.

Aunque me afectó profundamente, logré servir por puro reflejo la jarra de cerveza y los vasos que llevaba en la mano a una ruidosa mesa de cuatro personas. Se suponía que la sangre de vampiro aliviaba de forma temporal los síntomas de las enfermedades y aumentaba el vigor sexual, una especie de cortisona y viagra todo en uno, y había un enorme mercado negro para la sangre vampírica genuina y sin diluir. Llevaba un par de años siendo la droga de moda, y aunque algunos consumidores se volvían locos después de beber sangre pura de vampiro, eso no frenaba el mercado. Y donde hay mercado, hay proveedores; en este caso, como acababa de descubrir, la repugnante Pareja Rata. Ya habían atrapado antes a otros vampiros y los habían drenado, vendiendo las pequeñas redomas de sangre hasta por doscientos dólares cada una.

Como regla general, un vampiro desangrado no dura mucho. Los drenadores abandonan a los no muertos atravesados con una estaca, o simplemente los tiran al aire libre. Cuando sale el sol, se acabó. De vez en cuando se leen historias de un vampiro que ha logrado volver las tornas, y entonces se obtienen unos drenadores muertos.

Y en ese momento mi vampiro se levantó y se marchó con los Ratas. Mack cruzó su mirada conmigo y comprobé que se sorprendía ante la expresión de mi rostro. Pero de inmediato se alejó, pasando de mí como todo el mundo.

Eso me enfureció, me enfureció mucho.

¿Qué debía hacer? Mientras luchaba conmigo misma, salieron por la puerta. ¿Me creería el vampiro si corría detrás de ellos y se lo contaba? Desde luego, nadie más lo haría, y aunque me creyeran, también me odiarían y me tendrían miedo por leer los pensamientos encerrados en el cerebro de los demás. Arlene me había rogado que leyera la mente de su cuarto marido cuando vino a recogerla una noche, porque estaba casi segura de que planeaba abandonarlos a ella y a los críos, pero no lo hice porque quería conservar la única amiga que tenía. Y ni siquiera Arlene se había atrevido a pedírmelo directamente, porque eso supondría admitir que yo poseía este don, esta maldición. La gente no puede admitirlo. Prefieren creer que estoy loca, ¡lo que en ocasiones casi es cierto!

Así que vacilé, confusa, asustada y furiosa, y entonces supe que ante todo tenía que actuar. Me empujó a ello la mirada que me había dedicado Mack, como si yo fuera insignificante.

Crucé el bar hasta llegar junto a Jason, que estaba seduciendo a DeeAnne. Claro que eso no resultaba muy difícil, según afirmaba la opinión popular. El camionero de Hammond lo miraba con el ceño fruncido, desde el otro costado de la chica.

—Jason —dije con tono imperioso. Se volvió para echarme una mirada de advertencia—. Escucha, ¿sigues llevando esa cadena en la caja de la camioneta?

—Nunca salgo de casa sin ella —dijo con lentitud, mirándome a la cara en busca de señales de problemas—. ¿Vas a pelearte, Sookie?

Le sonreí, lo que me resultó fácil por la costumbre.

—Desde luego, espero que no —dije alegremente.

—Eh, ¿necesitas ayuda? —Al fin y al cabo, era mi hermano.

—No, gracias —respondí, tratando de sonar confiada. Y entonces me dirigí a Arlene—. Escucha, tengo que salir un poco antes. Mis mesas están bastante tranquilas, ¿puedes cubrirme? —No creo haberle pedido nunca antes una cosa así a Arlene, aunque yo la había cubierto muchas veces. Ella también me ofreció su ayuda—. No pasa nada —dije—, volveré antes de cerrar si me es posible. Si limpias mi zona me encargaré de tu caravana.

Arlene asintió y su melena rojiza siguió el movimiento con entusiasmo.

Señalé a la puerta de empleados y a mí misma e imité con los dedos el gesto de caminar, para que Sam supiera que me iba. Él asintió, aunque no parecía contento.

Así que salí por la puerta de atrás, tratando de que mis pies no hicieran ruido sobre la gravilla. El estacionamiento para empleados está detrás del

bar, accesible a través de una puerta que lleva al almacén. Allí estaba el coche del cocinero, así como el de Arlene, el de Dawn y el mío. A mi derecha, que quedaba al este, estaba la camioneta de Sam y detrás su caravana.

Me alejé del estacionamiento de grava para empleados hacia el asfalto que cubría el de clientes, mucho más grande y situado al oeste del bar. Los árboles rodeaban el claro en el que se alzaba Merlotte's, y las lindes del lugar eran sobre todo arenisca. Sam lo mantenía bien iluminado, y el resplandor surrealista de las altas farolas hacía que todo cobrara un aire extraño.

Descubrí el abollado deportivo rojo de la Pareja Rata, así que supe que andaban cerca. Al fin encontré la camioneta de Jason: negra, con unos remolinos de colores rosa y celeste dibujados en los laterales. Sin duda, le encantaba llamar la atención. Me impulsé hacia arriba por la parte trasera y rebusqué por el piso hasta encontrar su cadena, una serie de eslabones gruesos que siempre llevaba por si había pelea. La enrollé y me la llevé pegada al cuerpo, de modo que no tintineara.

Medité durante un segundo. El único lugar mínimamente privado al que podrían haber atraído al vampiro los Rattray era el fondo del estacionamiento, donde los árboles llegan a tapar los coches. Así que me arrastré en esa dirección, tratando de moverme con rapidez pero sin que me vieran.

Me detenía cada pocos segundos para escuchar. Pronto oí un gemido y el débil ruido de voces. Me deslicé entre los coches y los descubrí justo donde pensaba que estarían. El vampiro estaba tirado en el suelo, boca arriba, con el rostro contorsionado por el dolor. El brillo de las cadenas cruzaba sus muñecas y bajaba hasta sus tobillos: plata. Ya había dos frasquitos llenos de sangre en el suelo, junto a los pies de Denise, y mientras los miraba ella ajustó un nuevo tubo a la aguja. El torniquete que le habían colocado por encima del codo se clavaba profundamente en la piel de su víctima.

Tal como estábamos todos situados, ellos dos me daban la espalda y el vampiro todavía no me había visto. Solté la cadena enrollada hasta tener un metro colgando. ¿A quién debería atacar primero? Los dos eran pequeños y peligrosos.

Me acordé de la mirada despectiva de Mack y de que nunca dejaba propina. Él sería el primero.

Nunca antes me había visto metida en una verdadera pelea. De algún modo, tenía ganas de que ocurriera. Salté desde detrás de una camioneta y

enarbolé la cadena. Impactó contra la espalda de Mack mientras este se arrodillaba delante del vampiro. Gritó y saltó de golpe. Tras echarme un vistazo, Denise se dispuso a insertar el tercer tubo. La mano de Mack bajó hacia su bota y reapareció acompañada de un brillo. Tragué saliva. Llevaba un cuchillo.

—Oh, oh —dije, dirigiéndole una mueca.

—¡Zorra estúpida! —gritó. Parecía tener ganas de usar el cuchillo. Yo estaba demasiado ocupada como para mantener mi barrera mental, así que obtuve una imagen bastante clara de lo que Mack quería hacerme. Me puso hecha una furia. Fui a por él con ganas de causarle el mayor daño posible. Pero él se esperaba mi movimiento y saltó hacia delante con el cuchillo mientras yo hacía girar la cadena. Arremetió contra mi brazo y falló por los pelos. La cadena, en su retroceso, rodeó su delgado cuello como una amante. El grito de triunfo de Mack se convirtió en un borboteo. Soltó el cuchillo y se aferró a los eslabones con ambas manos. Al quedarse sin aire, se dejó caer de rodillas sobre el duro pavimento, arrancándome la cadena de las manos.

Bueno, ahí se acabó el uso de la cadena de Jason. Me agaché para recoger el cuchillo de Mack y lo sostuve como si supiera usarlo. Denise había estado avanzando, con todo el aspecto de una bruja sureña bajo las líneas de luz y sombra que proyectaban las farolas del estacionamiento. Se detuvo en seco en cuanto vio que yo tenía el cuchillo. Soltó un taco, bramó y dijo cosas terribles. Esperé a que terminara y entonces dije:

—Largaos. Ya.

Denise me miró con ojos llenos de odio. Trató de llevarse los frascos de sangre, pero la obligué a dejarlos allí, así que ayudó a Mack a ponerse en pie. Él aún tosía y emitía sonidos borboteantes mientras agarraba la cadena. Denise lo arrastró prácticamente hasta el coche y lo introdujo por la puerta del copiloto. Rebuscó entonces algunas llaves en el bolsillo y se colocó en el asiento del conductor.

Al oír que el motor cobraba vida, de repente me di cuenta de que ahora los Ratas tenían otra arma. Con más velocidad de la que nunca he sido capaz, corrí hasta quedar junto a la cabeza del vampiro y le dije con voz entrecortada:

—¡Empuja con los pies!

Lo agarré por debajo de los brazos y tiré de él con todas mis fuerzas. Llegamos a la linde de los árboles justo cuando el coche se abalanzaba rugiendo hacia nosotros. Denise no nos dio por menos de un metro, y eso

porque tuvo que girar para no chocarse contra un pino. Después escuché el potente motor del coche de los Ratas alejarse en la distancia.

—Oh, guau —dije con un suspiro. Me arrodillé junto al vampiro porque las piernas se negaban a sostenerme por más tiempo. Respiré con pesadez durante un minuto, tratando de recuperarme. El vampiro se agitó levemente y lo miré. Descubrí horrorizada que surgían volutas de humo de sus muñecas, en las zonas que entraban en contacto con la plata.

—Oh, pobrecito —dije, furiosa conmigo misma por no ocuparme de él cuanto antes. Aún esforzándome por recuperar el aliento, comencé a soltar las finas tiras de plata, que parecían pertenecer a una cadena muy larga—. Pobre pequeño —susurré, sin darme cuenta hasta mucho más tarde de lo incongruente que sonaba aquello. Poseo dedos ágiles, y muy pronto le liberé las muñecas. Me pregunté cómo habrían podido distraerlo los Ratas para colocarse en posición de atacarlo, y noté que me sonrojaba al imaginármelo.

El vampiro se llevó los brazos al pecho mientras yo me enfrascaba con la plata que le rodeaba las piernas. Sus tobillos lo habían pasado mejor, ya que los drenadores no se habían molestado en subirle las perneras de los vaqueros y, por lo tanto, la plata no apretaba la piel desnuda.

—Lamento no haber llegado antes —dije, disculpándome—. Te sentirás mejor en un minuto, ¿verdad? ¿Quieres que me vaya?

—No. —Eso me hizo sentirme muy a gusto hasta que añadió—: Podrían volver, y aún no puedo defenderme —su voz sonaba intranquila, pero no se puede decir que estuviera resollando.

Le puse mala cara, y mientras se recuperaba tomé algunas precauciones. Me senté dándole la espalda, para concederle algo de intimidad. Sé lo desagradable que es que te miren cuando estás herido. Me agaché sobre el pavimento, vigilando el estacionamiento. Varios coches se fueron y otros llegaron, pero ninguno se acercó hasta el extremo junto a los árboles, donde estábamos nosotros. Gracias al temblor de aire a mi alrededor, supe cuándo se levantó el vampiro.

No hablé de inmediato. Giré la cara hacia la izquierda para mirarlo; estaba más cerca de lo que creía. Sus grandes ojos oscuros miraban al interior de los míos. Tenía los colmillos retraídos; me sentí un poco defraudada por ello.

—Gracias —dijo con rigidez.

Así que no le entusiasmaba que le hubiera rescatado una mujer. Qué típico en un hombre.

Como estaba siendo tan poco amable, pensé que yo también podía hacer algo grosero y lo escuché, abriendo mi mente por completo.

Y oí... nada.

—Oh —dije, notando yo misma la turbación de mi voz, sin saber bien lo que decía—. No puedo oírte.

—¡Gracias! —repitió el vampiro, moviendo los labios de modo exagerado.

—No, no... Puedo oírte hablar, pero... —Y en mi agitación hice algo que normalmente nunca haría, porque resultaba muy agresivo y personal, y además revelaba que era una discapacitada. Me volví por completo hacia él y puse mis manos a ambos lados de su pálida cara, mirándolo con intensidad. Concentré toda mi energía. Nada. Era como tener que escuchar la radio sin parar, en emisoras que no necesitabas sintonizar, y de repente llegar a una longitud de onda en la que no podías recibir nada.

Era perfecto.

Sus ojos se abrían cada vez más al tiempo que se oscurecían, aunque siguió por completo inmóvil.

—Oh, discúlpame —dije, con un gemido de vergüenza. Aparté las manos y seguí estudiando el estacionamiento. Comencé a parlotear sobre Mack y Denise, pensando todo el tiempo lo maravilloso que sería tener un compañero al que no pudiera oír salvo cuando él quisiera hablar en voz alta. Qué hermoso era su silencio.

—...Así que pensé que era mejor salir fuera a ver qué tal estabas —dije por último, sin tener ni idea de lo que le había contado antes de eso.

—Has venido a salvarme. Eso ha sido muy valiente—respondió, con una voz tan seductora que haría que a DeeAnne se le cayeran sus bragas de nailon rojo.

—Oh, deja eso —dije con tono áspero, olvidándome de mis castillos en el aire.

Él pareció asombrado unos instantes, pero pronto su rostro recuperó su pálida homogeneidad.

—¿No te da miedo estar sola con un vampiro hambriento? —preguntó, con un tono travieso pero atemorizador bajo las palabras.

—Para nada.

—¿Estás suponiendo que, ya que has venido a mi rescate, estás a salvo? ¿Que después de todos estos años aún albergo una dosis de sentimentalismo? Los vampiros a menudo se vuelven contra los que confían en ellos. No poseemos los valores humanos, ya lo sabes.

—Un montón de humanos se vuelven contra los que confían en ellos —señalé; suelo ser práctica—. No soy una completa estúpida. —Alcé la mano y giré el cuello. Mientras él se recuperaba, yo me había rodeado garganta y brazos con las cadenas de los Ratas.

El vampiro tembló de manera visible.

—Pero también tienes una sabrosa arteria en la ingle —dijo tras una pausa cuando se recuperó, con la voz tan resbaladiza como una serpiente en un tobogán.

—No digas guarradas —le avisé—, no pienso escuchar cosas así.

Una vez más nos miramos el uno al otro en silencio. Tuve miedo de no volver a verlo nunca más. Al fin y al cabo, su primera visita a Merlotte's no había sido un éxito, precisamente. Así que me esforcé por captar todos los detalles que pudiera. Atesoraría este encuentro y lo recordaré durante mucho, mucho tiempo. Era algo especial, un premio. Quería tocar de nuevo su piel, porque no lograba recordar cómo era el tacto. Pero eso iría más allá de cualquier norma de educación, y además era posible que ante algo así le diera por empezar de nuevo con esa basura seductora.

—¿Quieres beberte la sangre que han cogido? —me preguntó de manera inesperada—. Sería para mí un modo de mostrarte mi gratitud. —Hizo un gesto hacia los frasquitos bien tapados que habían quedado sobre el asfalto—. Se supone que mi sangre mejora vuestra vida sexual y vuestra salud.

—Estoy tan sana como un caballo —le respondí con sinceridad—, y no tengo vida sexual que mejorar. Haz lo que quieras con ella.

—Podrías venderla —sugirió, pero pensé que era solo por ver lo que le respondía a eso.

—No la tocaría ni loca —dije, sintiéndome insultada.

—Eres distinta —dijo—, ¿qué eres? —Por el modo en que me miraba, parecía estar repasando en su cabeza una lista de posibilidades. Para mi alivio, no pude oír ni una sola.

—Bueno, soy Sookie Stackhouse, y soy camarera —le respondí—. ¿Cómo te llamas? —Pensé que al menos podía preguntarle eso sin parecer atrevida.

—Bill —dijo él.

Antes de poder evitarlo me eché a reír hasta doblarme por la mitad.

—¡El vampiro Bill! —dije—. ¡Pensé que sería Antoine, o Basil, o Langford! Pero ¿Bill? —Hacía tiempo que no me reía con tantas ganas—. Bueno, ya nos veremos, Bill, tengo que volver al trabajo. —Noté que la mueca tensa volvía a apoderarse de mi rostro al pensar en Merlotte's. Puse la mano sobre el

hombro de Bill para apoyarme en él y poder levantarme. Era duro como la roca. Me puse de pie tan rápido que tuve que detenerme para no tropezar. Me miré los calcetines para asegurarme de que las vueltas estuvieran bien emparejadas, repasé mi uniforme en busca de algún roto provocado por la pelea con los Ratas y finalmente me sacudí el trasero, ya que había estado sentada sobre el sucio pavimento. Hice un gesto hacia Bill y comencé a cruzar el estacionamiento.

Había sido una noche estimulante, que dejaba tras de sí muchas cosas sobre las que meditar. Al pensar en ello casi me sentía tan alegre como indicaba mi sonrisa.

Pero Jason iba a enfadarse mucho con lo de la cadena.

Aquella noche, después de terminar el turno, volví en coche a mi casa, que solo está a unos seis kilómetros y medio al sur del bar. Al regresar del estacionamiento, Jason ya se había ido (y también DeeAnne), y eso también había supuesto una buena noticia. Repasaba la noche mientras me acercaba a la casa de mi abuela, donde yo vivía. Estaba situada justo antes de llegar al cementerio de Tall Pines, del que sale una estrecha carretera comarcal de dos carriles. Mi retatarabuelo había construido la casa y tenía ideas muy firmes sobre la intimidad, así que para llegar a ella tenías que salir de la carretera comarcal a la altura de la entrada de la finca, atravesar una zona de bosque y entonces alcanzabas el claro donde estaba la casa.

Reconozco que no es ningún edificio histórico, ya que casi todas las partes antiguas han sido derribadas y reemplazadas a lo largo de los años, y desde luego tiene electricidad, sanitarios, aislamiento térmico y todas esas cosas modernas. Pero todavía conserva un tejado de estaño que brilla cegador los días de sol. Cuando hubo que reemplazar el tejado, yo quería ponerle tejas normales, pero mi abuela se negó. Y aunque yo pagaba la obra era su casa, así que naturalmente se puso estaño.

Histórica o no, yo llevaba viviendo en aquella casa desde los siete años, y la había visitado a menudo antes de eso, así que me era muy querida. Era tan solo una vieja y amplia casa familiar, demasiado grande para la abuela y para mí, supongo. Tenía una amplia entrada cubierta por un porche enrejado y estaba pintada de blanco, porque la abuela era una tradicionalista de los pies a la cabeza. Anduve hasta la enorme sala de estar, llena de muebles deteriorados dispuestos como a nosotras más nos convenía, y crucé el pasillo hasta el primer dormitorio a la izquierda, el más grande.

Adele Hale Stackhouse, mi abuela, estaba recostada en su alta cama, con un millón de almohadas rodeando sus flacos hombros. Vestía un camisón de algodón de largas mangas, a pesar del calor de aquella noche de primavera, y la lámpara de la mesita aún estaba encendida. Un libro descansaba sobre su regazo.

—Hola —dije.

—Hola, cielo.

Mi abuela es muy pequeña y muy vieja, pero sigue conservando el pelo fuerte, tan blanco que casi muestra unos debilísimos matices verdes. Durante el día lo lleva recogido a la altura del cuello, pero de noche se lo deja suelto o en trenzas. Miré la portada del libro.

—¿Estás leyendo a Danielle Steele otra vez?

—Oh, esa mujer sí que sabe contar una historia. —Los grandes placeres de mi abuela eran leer a Danielle Steele, ver teleseries (que ella llamaba sus «historias») y asistir a las reuniones del millar de clubes a los que, al parecer, había pertenecido durante toda su vida adulta. Sus favoritos eran los Descendientes de los Muertos Gloriosos y la Sociedad Botánica de Bon Temps.

—Adivina lo que ha pasado esta noche —dije.

—¿El qué? ¿Has tenido una cita?

—No —respondí, tratando de mantener una sonrisa en la cara—. Un vampiro ha venido al bar.

—¡Ooh! ¿Tenía colmillos?

Había visto sus colmillos brillar bajo las luces del estacionamiento, mientras los Ratas lo desangraban, pero no había necesidad de explicarle eso a la abuela.

—Claro, pero estaban retraídos.

—Un vampiro aquí, en Bon Temps. —La abuelita no estaba nada contenta con el asunto—. ¿Y ha mordido a alguien del bar?

—¡Oh, no, abuela! Simplemente se sentó y se tomó un vaso de vino tinto. Bueno, lo pidió, pero no se lo tomó. Creo que solo buscaba algo de compañía.

—Me pregunto dónde se refugia.

—No creo que vaya a contarle eso a nadie.

—No —dijo la abuela, pensando en ello por un instante—, supongo que no. ¿Te gusta?

Esa sí que era una pregunta difícil. Reflexioné un poco.

—No lo sé. Parecía bastante interesante —dije con cautela.

—Me encantaría conocerlo. —No me sorprendió que la abuela dijera eso, porque las cosas nuevas le gustaban casi tanto como a mí. No era una de esas reaccionarias que piensan que todos los vampiros están malditos, sin conocerlos siquiera—. Pero será mejor que me duerma ya. Estaba esperando a que llegaras para apagar las luces.

Me incliné para darle un beso y dije:

—Buenas noches.

Entorné su puerta al salir y oí el *clic* de la lámpara al apagarse. Mi gata, *Tina*, llegó de donde hubiese estado durmiendo hasta ese momento para frotarse contra mis piernas; la cogí en brazos y la acaricié un rato antes de sacarla para que pasara la noche fuera. Miré el reloj: eran casi las dos de la mañana, y la cama me llamaba.

Mi cuarto estaba justo al otro lado del pasillo respecto al de la abuela. Cuando usé por primera vez esa habitación, después de que murieran mis padres, la abuela trasladó hasta ella los muebles de mi cuarto de la otra casa, para que me sintiera más a gusto. Y allí estaban todavía, la cama individual, y el tocador de madera blanca, y la pequeña cómoda.

Encendí mi propia lámpara, cerré la puerta y empecé a desvestirme. Me quedaban al menos cinco pantaloncitos negros y muchas, muchas camisetas blancas, ya que tendían a mancharse con suma facilidad. Y ni siquiera merecía la pena contar todos los pares de calcetines blancos que había enrollados en el cajón, así que esa noche no era necesario hacer la colada. Y estaba demasiado cansada para ducharme. Me lavé los dientes y me desmaquillé, me puse un poco de crema hidratante y me quité la cinta de la cabeza.

Me metí en la cama con mi camisa de dormir de Mickey Mouse favorita, que me llega casi hasta las rodillas. Me tendí de lado, como siempre, y disfruté del silencio de la habitación. Casi todo el mundo tiene el cerebro apagado a esas horas de la madrugada, y las vibraciones desaparecen, no tengo que rechazar ninguna intrusión. Con una paz así, tuve tiempo de sobra para pensar en los oscuros ojos del vampiro y deslizarme entonces en un profundo sueño causado por el agotamiento.

Al día siguiente, a la hora de comer, me encontraba sobre mi tumbona plegable de aluminio, en el patio delantero, poniéndome cada vez más morena. Llevaba puesto mi vestido de dos piezas preferido, sin tirantes, que por cierto me quedaba más holgado que el verano anterior, así que estaba más contenta que unas castañuelas.

Entonces oí que se acercaba un vehículo por el camino de entrada y la camioneta negra de Jason, con sus blasones rosas y celestes, se detuvo a menos de un metro de mis pies.

Jason descendió hasta el suelo (¿he mencionado que su camioneta luce unas ruedas enormes?) y se me acercó. Vestía sus ropas habituales de trabajo: camisa y pantalones caquis, y llevaba un cuchillo de monte encajado en el cinturón, como casi todos los trabajadores de carreteras del condado. Por el modo en que andaba, supe que estaba cabreado.

Me puse las gafas de sol.

—¿Por qué no me has dicho que les diste una paliza a los Rattray anoche?
—Mi hermano se dejó caer en la silla de aluminio para exteriores que había junto a mi tumbona—. ¿Dónde está la abuela? —añadió con retraso.

—Colgando la colada —respondí. La abuela usaba la secadora cuando era necesario, pero adoraba tender la ropa mojada al sol. Y desde luego, la cuerda para tender estaba en el patio trasero, como debe ser—. Está preparando bistec al estilo campero, con boniatos y habichuelas que recogió el año pasado, para la comida —dije, sabiendo que eso distraería un poco a Jason. Confié en que la abuela siguiera en la parte de atrás, no quería que escuchara aquella conversación—. Mantén la voz baja —le recordé.

—Rene Lenier estaba impaciente por contármelo todo esta mañana, en cuanto he entrado a trabajar. Se pasó por la caravana de los Rattray anoche para comprarles un poco de hierba, y Denise apareció con el coche como si quisiera asesinar a alguien. Rene dice que lo podría haber matado de lo furiosa que estaba. Entre los dos pudieron subir a Mack a la caravana, y después lo llevaron al hospital de Monroe. —Jason me lanzó una mirada acusadora.

—¿Y te ha contado Rene que Mack me atacó con un cuchillo? —pregunté, decidiendo que el mejor modo de enfrentarme a aquello era pasar a la ofensiva. Sabía que el enfado de Jason se debía en gran medida al hecho de haberse enterado por una tercera persona.

—Pues si Denise se lo dijo a Rene, él no me lo ha contado —respondió Jason lentamente, y vi que su atractivo rostro enrojecía por la furia—. ¿Te atacó con un cuchillo?

—Sí, así que tuve que defenderme —dije, como si fuera algo obvio—. Y se llevó tu cadena. —Todo era cierto, aunque un poco sesgado—. Volví para contártelo, pero cuando regresé al bar ya te habías marchado con DeeAnne —proseguí—, y como yo estaba bien, no me pareció que mereciera la pena salir a buscarte. Sabía que te sentirías obligado a ir a por él si te contaba lo

del cuchillo —añadí de manera diplomática. Aquello tenía un mayor porcentaje de verdad, ya que Jason adora las peleas.

—¿Pero qué demonios estabas haciendo allí? —me preguntó, aunque mucho más relajado. Supe que estaba empezando a asumirlo.

—¿Sabías que, además de vender drogas, los Ratas son desangradores de vampiros?

Ahora se lo veía fascinado.

—No... ¿Y?

—Bueno, uno de mis clientes de anoche era un vampiro, y estaban dejándolo seco en el estacionamiento de Merlotte's. ¡No podía permitirlo!

—¿Hay un vampiro en Bon Temps?

—Sí. Y aunque no querrías tener a uno como mejor amigo, no puedes dejar que una escoria como los Ratas lo drenen. No es como robar gasolina del depósito de un coche. Y lo habrían dejado entre los árboles para que muriera. —Aunque los Ratas no me habían revelado sus intenciones, eso era lo que yo suponía. Incluso aunque le hubieran puesto a cubierto para que pudiera sobrevivir al sol, un vampiro drenado tarda más de veinte años en recuperarse, o al menos eso es lo que dijo uno de ellos en el programa de Oprah. Y eso si otro vampiro puede encargarse de él.

—¿Y el vampiro estaba en el bar cuando yo fui? —preguntó Jason asombrado.

—Ajá. El tipo de pelo oscuro que se sentaba con los Ratas.

Jason sonrió ante mi calificativo para los Rattray. Pero todavía no estaba dispuesto a dejar pasar lo de la noche anterior.

—¿Cómo supiste que era un vampiro? —me preguntó, pero al mirarme supe que hubiese preferido morderse la lengua.

—Simplemente lo supe —dije, con mi tono más anodino.

—Muy bien. —Y compartimos toda una muda conversación.

—Homulka no tiene un vampiro —dijo Jason mientras reflexionaba. Echó atrás la cara para que le diera el sol, y supe que habíamos dejado atrás el terreno peligroso.

—Cierto —reconocí. Homulka es el pueblo que Bon Temps adora odiar. Hemos sido rivales en fútbol americano, en baloncesto y en importancia histórica desde hace generaciones.

—Ni tampoco Roedale —dijo la abuela desde detrás de nosotros, provocando que tanto Jason como yo nos levantáramos. He de reconocer que, siempre que ve a la abuela, Jason se pone en pie y le da un abrazo.

—Abuela, ¿tienes suficiente comida en el horno para mí?

—Para ti y para dos más —dijo la abuela mientras le sonreía. No ignoraba los defectos de Jason (ni los míos), pero lo quería—. Acaba de llamarme Everlee Mason, y me ha contado que anoche te liaste con DeeAnne.

—¡Oh, cielos! ¿Es que no puedes hacer nada en este pueblo sin que todo el mundo lo sepa? —respondió Jason, aunque no estaba realmente enfadado.

—Esa DeeAnne —añadió la abuela con tono de advertencia mientras entrábamos en la casa— ya ha estado embarazada una vez, que yo sepa. Tú ten cuidado y que no tenga uno tuyo, o estarás pasándole dinero el resto de tu vida. ¡Aunque claro, igual esa es la única manera de que yo tenga bisnietos algún día!

La abuela ya tenía la comida sobre la mesa, así que en cuanto Jason trajo su silla nos sentamos y bendijimos la mesa, tras lo cual la abuela y él comenzaron a compartir rumores (aunque ellos lo llaman «ponerse al día») sobre los habitantes de nuestro pequeño pueblo y su condado. Mi hermano trabaja para el estado, supervisando los grupos de mantenimiento de carreteras. A mí me daba la impresión de que la jornada de trabajo de Jason consistía en ir de un lado para otro en una camioneta oficial, fichar a la salida, y entonces ir de un lado para otro con su propia camioneta. Rene estaba en uno de los grupos de trabajo que supervisaba Jason, y habían ido juntos al instituto. Salen bastante con Hoyt Fortenberry.

—Sookie, he tenido que sustituir el calentador de agua de casa —dijo Jason de modo repentino. Él vive en el viejo edificio de mis padres, en el que residíamos los cuatro cuando ellos murieron en la riada. Después de aquello nos trasladamos con la abuela, pero cuando Jason terminó sus dos años de educación superior y empezó a trabajar para el estado, volvió a aquella casa, que sobre el papel es mitad mía.

—¿Necesitas algo de dinero? —pregunté.

—Qué va, tengo suficiente.

Los dos contamos con nuestros salarios, pero además nos llegan pequeños beneficios de un fondo que se creó cuando abrieron un pozo de petróleo en las tierras de mis padres. El pozo se secó en unos pocos años, pero mis padres y después la abuela se aseguraron de invertir bien el dinero. Ese colchón nos había ahorrado a mí y a Jason un montón de problemas. No sé cómo hubiera podido mantenernos la abuela de no haber sido por aquel dinero. Ella estaba decidida a no vender ni una

parcela de las tierras, pero sus ingresos se reducen a los de la seguridad social. Esa es una de las razones por las que no me he ido a un apartamento: si vivo con ella y traigo comida, le parece razonable; pero si compro la comida, la llevo a su casa y la dejo en la mesa, y después me vuelvo a mi casa, eso es caridad y la pone furiosa.

—¿Y de qué tipo lo has colocado? —le pregunté, solo para mostrar interés.

Estaba ansioso por contárnoslo. Jason es un fanático de los aparatos eléctricos y quería describirnos con detalle todas las comparaciones que había hecho antes de comprar el nuevo calentador. Lo escuché con toda la atención que pude reunir. Justo en ese momento se interrumpió y dijo:

—Hey, Sook, ¿te acuerdas de Maudette Pickens?

—Claro —respondí sorprendida—. Fuimos a la misma clase.

—Pues alguien la asesinó en su apartamento anoche.

La abuela y yo nos quedamos atónitas.

—¿Cuándo? —preguntó la abuela, asombrada por no haberse enterado antes.

—La han encontrado esta misma mañana en su dormitorio. Su jefe la llamó por teléfono para saber por qué no había ido a trabajar ni ayer ni hoy, y al no recibir respuesta fue hasta allí, convenció al portero y abrieron el cerrojo de la puerta. ¿Sabías que tenía el apartamento enfrente del de DeeAnne? —Bon Temps solo tiene un complejo legal de apartamentos de alquiler, un conjunto de tres edificios, cada uno de dos plantas en forma de U, así que sabíamos exactamente de qué lugar nos hablaba.

—¿La mataron allí? —Me sentí enferma. Recordaba con claridad a Maudette: tenía una mandíbula muy prominente y el culo cuadrado, un pelo negro muy bonito y hombros firmes. Era buena empleada, pero ni brillante ni ambiciosa. Me parecía recordar que trabajaba en el Grabbit Kwik, una gasolinera y cafetería, y así lo comenté.

—Sí, llevaba trabajando allí más o menos un año, calculo yo —confirmó Jason.

—¿Cómo lo hicieron? —Mi abuela puso esa mueca de «dímelo sin rodeos» que usa la gente amable cuando pregunta por las malas noticias.

—Tenía algunos mordiscos de vampiro en sus..., eh..., en la cara interna de los muslos —dijo mi hermano, sin levantar los ojos del plato—. Pero no fue eso lo que la mató. Fue estrangulada. DeeAnne me contó que a Maudette le gustaba ir a ese bar de vampiros de Shreveport en cuanto tenía un par de días libres, así que puede que fuera allí donde la mordieron. Es posible que no fuera el vampiro de Sookie.

—¿Maudette era una colmillera? —Sentí náuseas al imaginarme a la achaparrada y mentalmente cortita Maudette envuelta en los exóticos ropajes negros tan apreciados por los colmilleros.

—¿Qué es eso? —preguntó la abuela. Debió de perderse *Sally Jessy*¹ el día que analizaron ese fenómeno.

—Son hombres y mujeres que salen con vampiros, les gusta que los muerdan. Son como fans de los vampiros. Pero me parece a mí que no duran mucho, porque quieren que los muerdan todo el rato, y antes o después reciben un mordisco de más.

—Pero no fue un mordisco lo que mató a Maudette. —La abuela quería asegurarse de haber entendido eso.

—No, estrangulamiento. —Jason ya estaba terminando su comida.

—¿No pones siempre gasolina en el Grabbit? —le pregunté.

—Claro, como mucha gente.

—¿Y no salías de vez en cuando con Maudette? —preguntó la abuela.

—Bueno, hasta cierto punto —respondió Jason con cautela.

Me pareció que eso quería decir que se acostaba con Maudette cuando no podía conseguir a ninguna otra.

—Espero que el *sheriff* no quiera hablar contigo —añadió la abuela, sacudiendo la cabeza como si ese gesto lo hiciera menos factible.

—¿Qué? —Jason estaba rojo, y se puso a la defensiva.

—Bueno, ves a Maudette en la tienda cada vez que pones gasolina, más o menos sales con ella, y acaba muerta en unos apartamentos con los que tienes familiaridad —resumí. No era mucho, pero sí algo, y hay tan pocos homicidios misteriosos en Bon Temps que estaba segura de que removerían cielo y tierra en la investigación de este.

—No soy el único que encaja en ese perfil. Muchísimos otros tíos ponen gasolina allí, y todos conocen a Maudette.

—Sí, ¿pero en qué sentido? —espetó la abuela—. No era una prostituta, ¿verdad? Así que le habrá comentado a alguien con quién salía.

—Simplemente le gustaba pasárselo bien, no era una profesional. —Fue bonito por su parte defender a Maudette, considerando lo que yo sabía del carácter egoísta de Jason. Empecé a tener mejor opinión de mi hermano mayor—. Y se sentía algo sola, supongo —añadió.

¹ N. del T.: *Talk show* de la televisión americana conducido por Sally Jessy Raphael, que se emitió de 1987 a 2002.

Jason nos miró a las dos entonces, y vio que estábamos sorprendidas y conmovidas.

—Hablando de prostitutas —prosiguió con rapidez—, hay una en Monroe especializada en vampiros. Siempre tiene cerca un tipo con una estaca por si alguno va demasiado lejos. Bebe sangre sintética para mantenerse con las reservas sanguíneas altas.

Era desde luego un cambio de tema bastante definitivo, así que la abuela y yo tratamos de pensar alguna pregunta que pudiéramos hacer sin resultar indecentes.

—Me pregunto cuánto cobra —me aventuré a comentar, y cuando Jason nos dijo la cifra nos quedamos asombradas.

Una vez quedó atrás el asunto del asesinato de Maudette, la comida prosiguió como siempre, con Jason mirando su reloj y diciendo que tenía que irse justo cuando tocaba lavar los platos.

Pero descubrí que la abuela todavía le daba vueltas a lo de los vampiros. Un rato después vino a mi habitación, mientras me maquillaba para ir a trabajar.

—¿Qué edad crees que tiene el vampiro, el que conociste?

—No tengo ni idea, abuela. —Estaba aplicándome la máscara de pestañas, con los párpados muy abiertos y tratando de mantenerme inmóvil para no meterme el maquillaje en un ojo, así que mi voz tenía un tono agudo, como si estuviera practicando para una película de terror.

—¿Crees que... podría recordar la Guerra?

No hizo falta preguntar qué guerra. Al fin y al cabo, la abuela era miembro fundador de los Descendientes de los Muertos Gloriosos.

—Podría ser —dije, moviendo la cara de lado a lado para asegurarme de que el colorete estaba bien repartido.

—¿Crees que podría venir para hablarnos sobre ello? Podríamos tener una reunión especial.

—De noche —le recordé.

—Oh, sí, claro, tendría que ser de noche. —Los Descendientes suelen reunirse a mediodía en la biblioteca y llevarse la comida en una bolsa.

Pensé en ello. Sería muy grosero por mi parte acercarme al vampiro y sugerirle que debía dar una charla en el club de la abuela porque yo le había salvado de que los desangradores lo dejaran seco, pero quizá él se ofreciera si le daba una pista... No me apetecía, pero lo haría por la abuela.

—Se lo preguntaré la próxima vez que vaya —prometí.

—O al menos podría hablar conmigo y yo grabaría sus recuerdos —dijo ella. Casi pude oír cómo giraban los engranajes de su cabeza al pensar en

el espaldarazo que supondría para ella algo así—. Sería tan interesante para los otros miembros del club... —dijo con modestia.

Contuve las ganas de reír.

—Se lo comentaré —repetí—. Ya veremos.

Cuando me marché, la abuela ya estaba vendiendo la piel del oso.

No pensé que Rene Lenier fuera a irle a Sam con la historia de la pelea en el estacionamiento, pero parecía que Rene tenía mucho tiempo libre. Cuando entré a trabajar esa tarde, pensé que la agitación que se sentía en el ambiente se debía al asesinato de Maudette. Pronto descubrí lo contrario.

Sam me hizo pasar al almacén en cuanto llegué. Estaba botando de rabia, y me leyó la cartilla del derecho y del revés. Sam nunca se había enfadado conmigo, así que enseguida estuve a un pelo de llorar.

—Y si crees que un cliente no está a salvo, me lo dices y yo me encargaré de ello, no tú. —Lo estaba diciendo por sexta vez, y al fin me di cuenta de que había estado preocupado por mí. Lo capté en su mente, justo antes de reforzar mi negativa rotunda a «escucharlo». «Escuchar» a tu jefe lleva al desastre.

No se me había ocurrido en ningún momento pedir ayuda a Sam, o a cualquier otro.

—Y si crees que están haciendo daño a alguien en nuestro estacionamiento, lo que debes hacer es llamar a la policía, no lanzarte a pelear como una patrulla ciudadana —añadió enojado. Su piel, siempre rubicunda, estaba más roja que nunca, y su áspero pelo dorado tenía aspecto despeinado.

—De acuerdo —dije, tratando de mantener una voz serena y los ojos muy abiertos para que no cayeran las lágrimas—. ¿Vas a despedirme?

—¡No, no! —exclamó, al parecer aún más enfadado—. ¡No quiero perderte! —Me cogió por los hombros y me dio un pequeño achuchón. Entonces se quedó mirándome con sus ojos grandes y azules, y sentí una oleada de calor que emanaba de él. El contacto físico acelera mi discapacidad, hace imperativo que escuche a la persona que me toca. Lo miré fijamente a los ojos durante un largo instante; entonces recobré el control y me retiré al tiempo que sus brazos me soltaban. Me giré y salí del almacén, asustada.

Había descubierto un par de cosas desconcertantes: que Sam me deseaba y que no podía oír sus pensamientos con tanta claridad como los de otra

gente. Sentí oleadas con impresiones de lo que él sentía, pero no pensamientos. Se parecía más a llevar un anillo de humor² que a recibir un fax.

Así que, ¿qué haría con esas informaciones?

Absolutamente nada.

Nunca antes había considerado a Sam un hombre con el que irse a la cama (o al menos con el que yo me iría a la cama) por muchos motivos. Pero el más sencillo es que nunca miraba a nadie así, no porque me faltaran hormonas (¡y tanto que las tenía!), sino porque siempre las estoy conteniendo, ya que para mí el sexo es un desastre. ¿Puede alguien imaginarse lo que significa saber todo lo que está pensando tu pareja sexual? Sí, cosas como «Dios, mira qué lunar..., tiene el culo un poco gordo..., me gustaría que se moviera un poco a la derecha..., ¿por qué no capta la idea y...?». Ya sabéis de lo que hablo. Es como un jarro de agua fría para las emociones, creedme. Y durante el acto sexual, no hay manera posible de mantener una barrera mental de ningún tipo.

Otra razón es que Sam me gusta como jefe, y también me gusta mi trabajo, porque me obliga a salir, me mantiene activa y gano algo de dinero, de modo que no me convierta en la especie de reclusa solitaria que mi abuela teme que acabe siendo. Trabajar en una oficina me resulta complicado, y me fue imposible acabar el colegio universitario por la espantosa concentración que debía mantener. Me dejaba agotada.

Así que, en aquel momento, tan solo quise meditar sobre la oleada de deseo que había sentido emanar de él. No era como si me hubiera hecho una proposición verbal o me hubiera arrojado sobre el suelo del almacén. Conocía sus sentimientos y podía ignorarlos si quería. Aprecié la delicadeza de la situación y me pregunté si Sam me había tocado a propósito, si realmente sabía lo que me pasaba.

Me cuidé de quedarme a solas con él, pero tengo que admitir que esa noche me sentí muy agitada.

Las siguientes dos noches fueron mejores. Retomamos nuestra confortable relación y me noté aliviada. Y disgustada. También estuve muy ocupada, ya que el asesinato de Maudette hizo que tuviéramos más afluencia en

²N. del T.: Anillos de cuarzo que cambian de color con la temperatura corporal, y que supuestamente indican el estado de ánimo.

Merlotte's. Por Bon Temps circulaban toda clase de rumores, y el programa de noticias de Shreveport hasta preparó un breve reportaje sobre la terrible muerte de Maudette Pickens. Yo no fui al funeral, pero la abuela sí y me contó que la iglesia estaba llena a rebosar. La pobre Maudette, esa zoquete de muslos mordidos, resultó más interesante muerta de lo que había sido nunca viva.

Pronto me tocarían dos días libres y tenía miedo de no poder contactar más con el vampiro, Bill. Tenía que transmitirle la petición de mi abuela, pero él no había vuelto al bar y empezaba a preguntarme si lo haría alguna vez.

Mack y Denise tampoco habían vuelto a Merlotte's, pero Rene Lenier y Hoyt Fortenberry se aseguraron de que supiera que habían amenazado con hacerme cosas horribles. No puedo decir que me sintiera muy asustada: la escoria criminal como los Ratas abunda en las autopistas y estacionamientos de caravanas de toda América, sin la inteligencia ni la moral necesarias para asentarse y dedicarse a una vida provechosa. Nunca dejarían una señal positiva en el mundo ni tendrían la menor relevancia, a mi modo de ver. Pasé de las advertencias de Rene.

Pero a él le encantaba comunicármelas. Rene Lenier era pequeño como Sam, pero así como Sam era rubicundo y rubio, Rene era moreno y tenía una pelambreira negra con algunas canas grises que le cubría toda la cabeza. Rene solía venir al bar y charlar con Arlene porque (como le gustaba contar a todo el mundo en el bar) ella era su ex esposa favorita. Había tenido tres. Hoyt Fortenberry era un cero a la izquierda, aún más que Rene. No era ni moreno ni rubio, ni grande ni pequeño. Siempre parecía alegre y dejaba propinas decentes. Y admiraba a mi hermano Jason más de lo que este se merecía, en mi opinión.

Me alegró que ni Rene ni Hoyt estuvieran en el bar la noche que regresó el vampiro.

Se sentó en la misma mesa.

Ahora que de verdad lo tenía delante, me sentí un poco cortada. Descubrí que ya me había olvidado del casi imperceptible brillo de su piel, y había exagerado su altura y las líneas bien definidas de su boca.

—¿Qué puedo servirte? —le pregunté.

Me miró. También había olvidado lo profundos que eran sus ojos. No sonrió ni parpadeó, estaba completamente inmóvil. Por segunda vez, su silencio me relajó; cuando dejo caer mi guardia noto que se me relaja la cara, y es tan agradable como que te den un masaje (aunque eso es solo una conjetura).

—¿Qué eres? —me preguntó. Era la segunda vez que quería saberlo.

—Soy camarera —dije, malinterpretándolo de nuevo a propósito. Pude notar que mi sonrisa volvía a su sitio; mi pequeño intervalo de paz había desaparecido.

—Vino tinto —pidió, y si estaba disgustado su voz no lo dejó entrever.

—Por supuesto —respondí—. La sangre sintética debería llegar en el camión de mañana. Escucha, ¿podría hablar contigo después del trabajo? Tengo que pedirte un favor.

—Desde luego. Estoy en deuda contigo. —Y no sonó nada contento por ello.

—¡No es para mí! —Yo también me sentí algo ofendida—. Es para mi abuela. Si estás despierto..., bueno, supongo que lo estarás. Cuando salga del trabajo a la una y media, ¿te importaría esperarme en la puerta de empleados, detrás del bar? —Señalé en esa dirección, y la coleta me bailó sobre los hombros. Sus ojos siguieron el movimiento de mi pelo.

—Será un placer.

No supe si estaba mostrando la cortesía que, según insistía la abuela, era la norma en tiempos pretéritos, o si simplemente se estaba burlando de mí. Resistí la tentación de sacarle la lengua o de hacerle una pedorreta. Di media vuelta y regresé a la barra. Cuando le llevé el vino, me dejó una propina del veinte por ciento. Poco después miré a su mesa y me di cuenta de que había desaparecido. Me pregunté si mantendría su palabra.

Arlene y Dawn se marcharon antes de que yo terminara, por una razón o por otra, pero sobre todo porque todos los servilleteros de mi zona resultaron estar casi vacíos. Por último recogí mi bolso de la taquilla (con cerradura) del despacho de Sam, donde lo guardo mientras trabajo, y me despedí del jefe. Pude oírlo trastear en el lavabo de hombres, probablemente tratando de arreglar el váter que perdía agua. Me detuve un instante en el de mujeres para echarle un ojo a mi peinado y al maquillaje.

Cuando salí, observé que Sam ya había apagado las luces del estacionamiento para clientes. Solo la farola del poste del tendido eléctrico, junto a su caravana, iluminaba el de empleados. Para deleite de Arlene y Dawn, Sam había puesto un jardincillo delante de la caravana y había plantado boj en él, y constantemente estaban tomándole el pelo con la pulcra línea de su seto. En mi opinión quedaba muy bonito.

Como siempre, el camión de Sam estaba aparcado delante de la caravana, así que mi coche era el único que quedaba en el estacionamiento.

Me estiré y miré a todos lados. Ni rastro de Bill. Me sorprendió que aquello me disgustara tanto: había esperado de él que fuera cortés, aunque no le saliera del corazón (¿tenía corazón?).

Tal vez, pensé, saltase desde un árbol o apareciese en medio de una nube de humo delante de mí, envuelto con una capa negra de forro rojo. Pero nada de eso ocurrió, así que caminé hasta el coche.

Me esperaba una sorpresa, pero no la que me llevé.

Mack Rattray surgió desde detrás de mi coche y en una zancada se acercó lo suficiente para golpearme la mandíbula. No se contuvo lo más mínimo, y caí sobre la grava como un saco de cemento. Dejé escapar un grito mientras caía, pero el golpe con el suelo me dejó sin aliento y sin algo de piel, y quedé en silencio, indefensa y sin poder respirar. Entonces vi a Denise, vi cómo balanceaba su pesada bota, y tuve justo a tiempo la reacción de encogerme antes de que los Rattray comenzaran a darme patadas.

El dolor fue inmediato, intenso y despiadado. Me cubrí de modo instintivo la cara con los brazos, por lo que lo peor me lo llevé en los antebrazos, las piernas y la espalda.

Creo que al principio, durante los primeros golpes, estaba segura de que se detendrían, me escupirían sus amenazas y advertencias y se marcharían. Recuerdo el momento exacto en el que me di cuenta de que trataban de matarme. Podía quedarme allí quieta y soportar una simple paliza, pero no me iba a quedar inmóvil para que me mataran.

En cuanto tuve cerca una pierna, me lancé a agarrarla y me aferré a ella como si me fuera la vida en el intento. Traté de morder, al menos de dejarle una marca a uno de ellos. Ni siquiera sabía bien de quién era la pierna.

Entonces, desde atrás se oyó un gruñido. *Oh, no, pensé, se han traído un perro.* El gruñido era claramente hostil. Si hubiese tenido algún modo de expresar mis emociones, se me habría puesto el pelo de punta.

Recibí otra patada en la columna, y la paliza terminó.

La última patada me había hecho algo malo. Pude oír mi propia respiración, los estertores y un extraño sonido borboteante que parecía provenir de mis pulmones.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Mack Rattray, y sonaba bastante aterrado.

Volví a oír el gruñido, más cercano, justo detrás de mí. Y de otra dirección me llegó una especie de graznido. Denise comenzó a lamentarse, Mack soltaba tacos. Ella liberó su pierna de mi abrazo, que ya era muy débil. Mis brazos cayeron inertes al suelo; parecía que no obedecían mis órdenes.

Aunque tenía la visión borrosa, pude ver que mi brazo derecho estaba roto. Notaba el rostro húmedo, y me dio miedo seguir evaluando mis heridas.

Mack comenzó a gritar y después también Denise, y de repente surgió a mi alrededor un revuelo de actividad, pero yo no podía moverme. Lo único que podía ver era mi brazo roto, mis rodillas magulladas y la zona oscura de debajo del coche.

Poco después se impuso el silencio. Detrás, el perro gimió. Una nariz fría me tocó la oreja y una lengua cálida la lamió. Traté de alzar la mano para acariciar al animal que, sin lugar a dudas, me había salvado la vida, pero no fui capaz. Me oí llorar, un sonido que parecía venir desde muy lejos.

Enfrentándome a los hechos, dije:

—Me muero. —Empezaba a parecerme cada vez más factible. Las ranas y los grillos que solían llenar de ruidos la noche habían callado al comenzar la pelea y el ruido en el estacionamiento, así que mi débil voz surgió clara y se derramó por la oscuridad. Aunque parezca extraño, poco después oí dos voces.

Un par de rodillas, cubiertas por unos vaqueros manchados de sangre, entraron en mi campo de visión. El vampiro Bill se inclinó para que pudiera verle la cara. Tenía sangre alrededor de la boca y los colmillos desplegados, de un blanco reluciente que contrastaba sobre su labio inferior. Traté de sonreírle, pero mi rostro no acababa de funcionar bien.

—Voy a levantarte —dijo Bill. Parecía tranquilo.

—Moriré si lo haces —susurré.

Me estudió con mucha atención.

—Aún no —dijo después de evaluarme. Curiosamente, eso hizo que me sintiera mejor. *La cantidad de heridas que habrá visto en su vida*, pensé.

—Esto te va a doler —me previno. Era difícil imaginarse algo que no me fuera a doler.

Pasó los brazos por debajo de mi cuerpo antes de que me diera tiempo a asustarme. Grité, pero débilmente.

—Rápido —dijo otra voz con tono de urgencia.

—Vayamos a los árboles, donde no nos vean —dijo Bill, aupando mi cuerpo como si no pesara nada.

¿Iban a enterrarme allí atrás, donde no les viera nadie? ¿Justo después de rescatarme de los Ratas? Casi ni me importaba.

Sentí un pequeño alivio cuando me dejó sobre un manto de agujas de pino en la oscuridad del bosque. En la distancia pude ver el resplandor de la luz del estacionamiento. Me di cuenta de que me goteaba sangre

por el pelo, y noté el dolor del brazo roto y el daño de las profundas magulladuras, pero lo peor era lo que no sentía.

No sentía las piernas.

Notaba el abdomen lleno y pesado. La expresión «hemorragia interna» se coló entre mis pensamientos, así de lúgubres eran.

—Morirás a no ser que hagas lo que te diga —me explicó Bill.

—Lo siento, no quiero ser vampira —respondí, con voz frágil y temblorosa.

—No, no lo serás —me dijo con más amabilidad—. Sanarás rápidamente, tengo una cura. Pero debes estar dispuesta.

—Entonces úsala —susurré—. Me voy. —Pude notar que el peso de la desesperación tiraba de mí.

La pequeña parte de mi cerebro que aún recibía señales del mundo exterior oyó a Bill gruñir como si lo hubieran herido. Entonces me pusieron algo en la boca.

—Bebe —dijo.

Traté de sacar la lengua; lo logré. Bill estaba sangrando, apretándose la herida para que el flujo de sangre de su muñeca llegara hasta mi boca. Sentí arcadas, pero quería vivir. Me obligué a tragar, y a tragar una vez más.

De repente la sangre me supo bien, salada, el líquido de la vida. Alcé el brazo que no tenía roto y apreté la muñeca del vampiro contra mis labios. Me sentía mejor con cada trago. Y después de un minuto me venció el sueño.

Cuando me desperté, estaba todavía entre los árboles, tumbada sobre el suelo. Alguien estaba tumbado junto a mí; era el vampiro. Pude ver su resplandor, y noté que su lengua se movía sobre mi cabeza. Estaba lamiendo la herida de mi cuero cabelludo. Difícilmente podía echárselo en cara.

—¿Tengo un sabor distinto al de otra gente? —pregunté.

—Sí —dijo con voz espesa—. ¿Qué eres?

Era la tercera vez que me lo preguntaba. A la tercera va la vencida, como siempre dice la abuela.

—Oye, no soy una muerta —le dije. De repente recordé que ya debía de estar curada. Meneé el brazo, el que estaba roto. Tenía poca fuerza pero ya no colgaba inerte. También podía sentir las piernas y moverlas. Inspiré y espiré de modo experimental, y el leve dolor que sentí me alegró. Traté de sentarme. Demostró requerir todo un esfuerzo, pero no me fue imposible. Me recordó a cuando era niña, al primer día sin fiebre después de superar

la neumonía: débil pero dichosa. Era consciente de haber sobrevivido a algo terrible.

Antes de que pudiera enderezarme del todo, puso sus brazos bajo mi cuerpo y me acercó a él. Se arrimó a un árbol y me sentí muy cómoda así apoyada, con la cabeza en su pecho.

—Lo que soy es telépata —le dije—. Puedo escuchar los pensamientos de la gente.

—¿Incluso los míos? —En su voz parecía haber solo curiosidad.

—No. Por eso me gustas tanto —respondí, flotando en un mar de bienestar rosado. No me preocupaba por disimular mis sentimientos.

Rió y sentí que su pecho retumbaba. La risa sonaba algo oxidada.

—No te puedo oír en absoluto —continué diciendo tonterías con voz somnolienta—. No tienes ni idea de lo agradable que es. Tras una vida de *bla bla bla*, no oír... nada.

—¿Cómo consigues salir con hombres? Con los chicos de tu edad, seguro que su único pensamiento es cómo llevarte a la cama.

—Bueno, no lo consigo. Y francamente, a cualquier edad creo que su objetivo es llevarse a una mujer a la cama. No tengo citas. Todo el mundo piensa que estoy loca, ya lo sabes, porque no puedo decirles la verdad: que lo que me vuelve loca son todos sus pensamientos y todas esas mentes. Tuve unas pocas citas cuando comencé a trabajar en el bar, con chicos que no habían oído hablar de mí. Pero era lo mismo de siempre. No puedes concentrarte en estar a gusto con un chico, u olvidarte de las preocupaciones del día, cuando oyes que se preguntan si eres teñida o creen que no tienes un culo bonito, o se imaginan cómo serán tus tetas.

De repente me sentí más alerta, y me di cuenta de todo lo que le estaba revelando de mí misma a aquella criatura.

—Discúlpame —le dije—, no quería agobiarte con mis problemas. Gracias por salvarme de los Ratas.

—Si te han atacado es por mi culpa —respondió. Pude notar que por debajo de la tranquila superficie de su voz latía la furia—. Si hubiese tenido la cortesía de llegar a tiempo, esto no habría ocurrido. Así que te debía parte de mi sangre, te debía la curación.

—¿Están muertos? —Para mi vergüenza, mi voz sonó chirriante.

—Y tanto.

Tragué saliva. No podía lamentar que el mundo se hubiera librado de los Ratas. Pero tenía que enfrentarme a ello cara a cara, no debía olvidarme de que me sentaba en el regazo de un asesino. Aunque me sentía bastante feliz allí, rodeada por sus brazos.

—Eso debería preocuparme, pero no lo hace —exclamé, antes de darme cuenta de lo que decía. Sentí de nuevo esa risa vigorosa.

—Sookie, ¿de qué querías hablarme antes?

Tuve que esforzarme para poder recordarlo. Aunque físicamente me había recuperado de manera milagrosa de la paliza, mentalmente aún me sentía un poco confusa.

—Mi abuela tiene muchas ganas de saber cuántos años tienes —dije dubitativa. No sabía hasta qué punto era personal esa pregunta para un vampiro. Aquel en cuestión me acariciaba la espalda como si tratara de calmar a un gatito.

—Me convirtieron en vampiro en 1870, cuando tenía treinta años de edad. —Alcé la mirada; su rostro reluciente carecía de expresión, sus ojos eran pozos de negrura en la oscuridad del bosque.

—¿Luchaste en la Guerra?

—Sí.

—Tengo la sensación de que te vas a enfadar, pero los harías tan felices a ella y a los de su club si les cuentas un poco de la Guerra, de cómo fue en realidad...

—¿Su club?

—Pertenece a los Descendientes de los Muertos Gloriosos.

—Muertos Gloriosos... —La voz del vampiro resultaba indescifrable, pero yo estaba bastante segura de que no se sentía contento.

—Escucha, no tienes que contarles nada de los gusanos y las enfermedades y el hambre —le dije—. Tienen su propia idea de la Guerra, y aunque no son estúpidos (han vivido otras guerras) les gustaría más enterarse de cómo vivía entonces la gente, los uniformes y los movimientos de tropas.

—Cosas agradables.

Respiré profundamente.

—Sí.

—¿Te haría feliz si lo hago?

—¿Y qué importa eso? Haría feliz a la abuela, y como estás en Bon Temps y parece querer vivir por aquí, sería un buen movimiento de relaciones públicas por tu parte.

—¿Te haría feliz?

No era un tipo al que pudieras despistar.

—Vale, sí.

—Entonces lo haré.

—La abuela dice que será mejor que comas antes de ir —añadí.

Escuché de nuevo esa risa retumbante, esta vez más profunda.

—Me encantará conocerla. ¿Puedo pasar a verte alguna noche?

—Ah, claro. Mañana por la noche me toca el último turno, y después tengo dos días libres, así que la del jueves sería una buena noche. —Alcé la muñeca para mirar el reloj. Todavía funcionaba, pero la esfera estaba cubierta de sangre seca—. *Puaj*, qué asco —dije, mojándome el dedo en la boca y limpiando el reloj con la saliva. Apreté el botón que iluminaba las manecillas y me sobresalté al ver la hora que era—. Oh, cielos, tengo que irme a casa. Espero que la abuela se haya ido a dormir.

—Debe de preocuparla que estés fuera y sola tan tarde por las noches.

—Sonaba a reproche. ¿Estaría pensando en Maudette? Experimenté un momento de intranquilidad, preguntándome si realmente Bill la había conocido, si ella lo había invitado a su casa. Pero rechacé la idea: estaba decidida a no sumergirme en la extraña y desagradable naturaleza de la vida y muerte de Maudette, no quería que esos horrores arrojaran sombras sobre mi pequeña isla de felicidad.

—Es parte de mi trabajo —respondí con aspereza—, no se puede evitar. Además, no siempre trabajo por las noches. Pero cuando puedo, lo hago.

—¿Por qué? —El vampiro me ayudó a incorporarme y después se levantó con agilidad.

—Mejores propinas, se trabaja más duro. No hay tiempo para pensar.

—Pero la noche es más peligrosa —dijo con desaprobación.

Él debía de saberlo bien.

—No hables como mi abuela —le reprendí con suavidad. Casi habíamos llegado ya al estacionamiento.

—Soy mayor que tu abuela —me dijo. Y eso puso punto final a la conversación.

Después de salir de entre los árboles me quedé observando el paisaje. El estacionamiento estaba tranquilo y desierto, como si no hubiera ocurrido nada, como si no hubieran estado a punto de matarme a patadas en ese trozo de grava apenas una hora antes. Como si los Ratas no hubieran encontrado allí su sangriento final.

Las luces de la caravana de Sam estaban apagadas.

La gravilla parecía mojada, pero no se veía sangre. Encontré mi bolso sobre el capó del coche.

—¿Y el perro? —pregunté.

Me giré para contemplar a mi salvador.

No estaba allí.